

# La personalidad histórica de Andalucía

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ \*

## **LA FALTA DE CONTINUIDAD HISTÓRICA**

**S**OBRE el ser de Andalucía podríamos decir lo que san Agustín del concepto del tiempo: «Si no me preguntas lo que es, lo sé. Si me preguntas, no lo sé», con lo que quería expresar la dificultad que sentimos para razonar ciertas ideas que, en principio, parecen evidentes. En efecto, a poco que reflexionemos, surgen los interrogantes. ¿Qué es Andalucía? ¿Un espacio geográfico? ¿Un grupo humano? ¿Un modelo de cultura? Una respuesta apresurada podría ser: la combinación de esos tres factores, esto es, la cultura generada por un pueblo que durante milenios ha vivido en un marco geográfico de muy especiales características y que, en cierta medida, ha condicionado las características de esa cultura.

Por desgracia, esta explicación, que puede ser válida para otros pueblos, para otras culturas, tropieza en el caso andaluz con un obstáculo que parece insalvable: el pueblo andaluz no tiene continuidad histórica; los andaluces del siglo xx no descendemos de los andaluces de la Edad Media; mucho menos, de los de la Edad Antigua. Las bailarinas de Gades, que amenizaban las fiestas de los epicúreos romanos no fueron las antecesoras biológicas de las folklóricas actuales. Tampoco hay entre nosotros descendientes de Séneca, de Averroes o de Motamid, el rey poeta de Sevilla.

Naturalmente, esta afirmación no puede tomarse al pie de la letra; algún residuo habrá quedado, algunas gotas de sangre turdetana correrán por nuestras venas, y en el caso de los hispano-romanos, árabes y berberiscos deben ser más que unas gotas. Todas las regiones, todas las naciones de Europa han conocido migraciones, trasiegos, pero muy pocas con la intensidad que Andalucía. El fondo étnico francés parece haber permanecido bastante estable, y lo mismo se puede decir del alemán, o de los pueblos del norte de España. En Andalucía el panorama se presenta de forma distinta, y han sido los medievalistas los que, en los últimos años, han demostrado de forma irrefutable esta solución de continuidad. La Reconquista del valle del Guadalquivir, en su versión original, la de Fernando III, debía haber dado lugar a una situación semejante a la que se dio en Aragón y Valencia: coexistencia de una población cristiana dominante y otra mudejar dominada. El ensayo fracasó pocos años después, en el reinado de Alfonso X; la sublevación de los mudejares, con la complicidad de los moros

\* Sevilla, 1909. Catedrático jubilado. Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales.

de Granada y de allende el Estrecho puso en tan gran peligro la dominación castellana en la zona que se decidió la expulsión general. No hago una valoración ética, solamente digo lo que ocurrió. Una de las regiones más extensas de España fue vaciada de su población y repoblada con otra de distinto origen. Una consecuencia importante de este hecho es que en Andalucía no se formó una sociedad de corte feudal como la aragonesa y la valenciana.

Esa masa de población que fue obligada a dejar su patria y su hogar. ¿Qué origen tenía? Podemos conjeturar que el fondo bético-romano fue poco alterado por la irrupción de las huestes de Tarik y Muza a principios del siglo VII. No eran más que unos miles de árabes y bereberes. Pero después las cosas cambiaron, y éste es otro logro de la investigación reciente. Los árabes siguieron llegando, aunque en pequeñas cantidades, pero la llegada de bereberes fue muy caudalosa, ya en forma de goteo continuo, ya de irrupciones masivas en determinados momentos (reclutas de Almanzor, conquista almohade, etc.). En total, según el profesor Jacinto Bosch, que se especializó en esta cuestión, en los años posteriores a la conquista debieron llegar 30 o 40.000 árabes y 350.000 norteafricanos. A partir del siglo IX este movimiento migratorio perdió intensidad sin dejar de ser importante. Paralelamente, muchos mozárabes, e incluso no pocos conversos al Islam se sentían lo bastante incómodos con los nuevos amos como para motivar rebeliones, deportaciones y una emigración continua hacia los reinos cristianos del norte.

La población expulsada en el siglo xm de la Baja Andalucía era, pues, una mezcla (en proporciones que no podemos cuantificar) de bético-romanos y norteafricanos. A su vez, los repobladores eran de muy variada procedencia; llegaron de todas las regiones de Castilla, y también no pocos judíos, portugueses y ultrapirenaicos (*los francos*). El abigarramiento del mapa lingüístico andaluz, tal como lo han diseñado don Manuel Alvar y sus colaboradores, es en gran parte producto de esta diversidad poblacional.

La dramática solución de continuidad que en el siglo xm segó hasta la raíz la primitiva comunidad humana de la Baja Andalucía se repitió más tarde en la Alta en tres tiempos: el primero en 1492, cuando muchos granadinos, sobre todo la élite económica y social, emigraron al norte de África para no quedar sometidos al yugo cristiano. El segundo en 1569-72, al decretar Felipe II la deportación de los granadinos sublevados, y el tercero en 1610, fecha de la expulsión general de los moriscos de la Península.

Es dudoso que ningún otro país occidental haya sufrido unos trasvases humanos tan radicales. El problema que se plantea es explicar cómo, a pesar de todo, ha subsistido tanto de nuestro azaroso pasado, cómo se nos han transmitido hasta hoy tantos elementos clásicos y orientales que forman parte de nuestra cultura. Este problema está lejos de haber recibido una solución satisfactoria, pero pueden apuntarse algunas razones que ayudan a su comprensión:

## **INFLUENCIA BERÉBER**

## **TRASVASES HUMANOS RADICALES**

## **GEOGRAFÍA DETERMINANTE**

a) Hay elementos culturales que no necesitan para su permanencia la continuidad del soporte humano originario: los monumentos, los restos arqueológicos, de los que Andalucía es fabulosamente rica. También, en buena parte, la toponimia; en muchas ocasiones los nuevos pobladores alteraron los nombres de lugar, pero, con más frecuencia, los aceptaron, modificándolos según sus leyes fonéticas, y lo mismo sucedió con la toponimia menor.

b) Por radicales que fueran las expulsiones, siempre quedaron algunos, sobre todo individuos y grupos especializados que resultaban útiles a los nuevos pobladores porque dominaban ciertas técnicas. Consta que en Granada se autorizó la permanencia de los *cañeros*, que eran los únicos capaces de manejar la maraña de conductos que abastecían de agua la ciudad. Poco a poco fueron sustituidos por los cristianos, que aprendieron sus técnicas. Lo mismo sucedió con los carpinteros *de lo blanco*, especializados en cubiertas de tracería, y con los artífices del yeso y el ladrillo.

c) Hubo bastantes conversiones, sobre todo en la Baja Edad Media; para los judíos el caso está muy claro y ha dado lugar a una abundante literatura; menos estudiado está el caso de los conversos procedentes del Islam, que en menor proporción también existieron.

d) No desdeñable es el papel de los arcaizantes, de los nostálgicos, de los eruditos, de todos los que han intentado restaurar la continuidad, a veces negando contra toda evidencia que esa continuidad se había roto. Los humanistas aspiraban a restaurar el pasado clásico, los orientalizantes querían demostrar que la corriente judeoárabe, aunque soterrada, nunca se interrumpió. Son fenómenos elitistas y minoritarios, pero que acaban por calar en cierta medida en la conciencia colectiva.

La función unificadora del marco geográfico andaluz ha sido también decisiva para perfilar su imagen y asegurar un cierto grado de continuidad. Andalucía es el sur, y si hoy esta palabra suele identificarse con subdesarrollo, tradicionalmente no ha sido así. Desde Estrabón se han multiplicado las loas a la España meridional, favorecida por el clima, rica en producciones, fértil también en ingenios. Que no era un tópico literario lo demuestran las apertencias de que ha sido objeto, la irrupción pacífica o guerrera de gentes de diversa procedencia. No hay que caer en trasnochados determinismos geográficos para comprender que la estancia en un país de clima cálido, amplios contactos exteriores y múltiples fuentes de riqueza tenía que modificar los hábitos de los recién llegados; allí encontraban una arquitectura urbana adaptada al clima, unas costumbres alimenticias en consonancia con el medio físico, un ambiente cosmopolita, una comunicabilidad social, unas tradiciones populares; todo lo cual era asimilado con más o menos rapidez; a veces se necesitaban varias generaciones. La Andalucía de la Baja Edad Media (me refiero a la occidental, a la cristiana) aún tenía un aire castellano muy marcado. Todavía a fines del siglo xv el cronista Andrés Bernaldez reprochaba a los judíos y conversos que cocinaran con aceite, «que hace oler muy mal el resuello», lo que indica que los descendientes de castellanos seguían fieles a las grasas animales. Para la evolución de las *hablas*

andaluzas también parece que el tránsito de la Edad Media a la Moderna fue un período crucial.

En el siglo xvi la diferencia, e incluso la oposición entre el andaluz alegre, generoso y extrovertido y el castellano era ya muy marcada, e incluso se convierte en un lugar común de la literatura clásica. Sin duda había mucho de tópico en la imagen de la Andalucía rica y feliz; se basaba en la prosperidad de unas cuantas ciudades, fundamentalmente Sevilla; se olvidaba la penosa existencia de muchas comunidades rurales, y la intensa pobreza de ciertas capas sociales urbanas se la disimulaba bajo los alegres chafarrinones de la picaresca. No obstante, es cierto que la Andalucía del xvi tenía una situación privilegiada dentro del conjunto español; al menos, la Andalucía occidental, pues el reino de Granada quedó muy afectado por la terrible guerra civil, y sólo *en* el XVIII, tras lenta recuperación, pudo alinearse con los reinos occidentales. Las estadísticas demuestran la primacía andaluza en la renta nacional, lo que le valía otra poco envidiable primacía en los afanes recaudatorios de los Austrias y los primeros Borbones.

En suma, Andalucía puede considerarse, según se mire, como la más antigua o la más reciente de las culturas peninsulares; la más antigua si la remontamos hasta Gerión y Argantonio; pero de forma operativa la más reciente, ya que es el resultado de la fusión, a finales de la Edad Media, de los reinos nacidos de la conquista cristiana. Andalucía no era una denominación oficial (tampoco lo era entonces España). La distinción entre la Andalucía de los Tres Reinos y Granada se diluyó con gran lentitud; todavía en documentos del siglo xviii se conoce con el nombre de *costa de Andalucía* el segmento comprendido entre el Estrecho de Gibraltar y Ayamonte. Lo demás era *la cosía de Granada*. Pero en el lenguaje popular Andalucía estaba ya identificada con el espacio actual desde 1492, y aunque recogiera tradiciones antiqúsimas, en muchos aspectos era una entidad nueva. La Bética romana y visigoda quedaba demasiado lejana, y sus límites no coincidían con los actuales. Al-Andalus, contra una opinión muy extendida, tampoco era Andalucía; la similitud del nombre es engañosa; los arabistas están hoy de acuerdo en afirmar que Andalucía no es una palabra árabe. Al-Andalus era toda la España musulmana; sus límites se fueron encogiendo sin que en ningún momento coincidieran con el de las ocho provincias andaluzas.

Esta Andalucía que a partir de 1492 se configura con sus rasgos esenciales, a pesar de la impronta castellana tiene una personalidad propia, indiscutible; no hay una etnia andaluza, pero sí un modo de vida andaluz. No existe una lengua andaluza ni una religión andaluza, pero sí una variante andaluza del español y un estilo inconfundible en el tratamiento de lo sagrado. Hablar de *dialecto andaluz* me parece sumamente impropio; hay u.nas *hablas* andaluzas no poco diversas entre sí y que no tienen relación de subordinación o dependencia respecto al castellano. Parece ocioso recordar que la primera Gramática castellana fue obra de un andaluz, y que se imprimió precisamente en ese año 1492 que puede considerarse como el año fundacional de Andalucía. Man-

**CULTURA  
ANTIGUA,  
CULTURA  
MODERNA**

**UN MODO DE  
VIDA  
ANDALUZ**

## LA RELIGIOSIDAD POPULAR

teniendo, como es lógico, la unidad del español escrito, hay que respetar y potenciar la rica variedad de nuestras hablas locales, huyendo, por supuesto, de crear artificialmente un *andaluz* unitario, intento que además estaría condenado al fracaso.

La religión ha sido, y a pesar de los avances de la secularización sigue siendo en buena medida, otro elemento integrante de la personalidad de un pueblo. El laborioso parto de la Andalucía moderna estuvo marcado por feroces luchas religiosas; se mezclaron en ellas componentes políticos, económicos y sociales, pero el trasfondo religioso no puede eliminarse; en ninguna otra región de España adquirieron la virulencia que en Andalucía; la reina Isabel se dio cuenta de esta realidad en el viaje que hizo a Sevilla apenas pasadas las primeras urgencias de la guerra sucesoria, y allí se gestaron dos resoluciones altamente negativas: el establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos.

Dentro del muy sacralizado panorama de la España moderna, Andalucía brilla con luz propia; lo que convencionalmente se llama *religiosidad popular* (en realidad, las más altas instancias sociales participaron plenamente en ella) en ninguna parte alcanzó tan altas cotas de participación social y de multitudinario fervor. Procesiones de Semana Santa, romerías, celebraciones del Corpus, fervor concepcionista, con ribetes de guerra abierta contra los que se atrevieran a negar el privilegio de María, y tantos otros rasgos, unos comunes, otros exclusivos, forman parte integrante y esencial de la vida andaluza en los tiempos modernos. Parece como si Andalucía; hubiera querido hacer olvidar sus antecedentes islámicos y judaicos acentuando hasta la exageración su identificación con el catolicismo más exigente. Y sin embargo, el recuerdo de las razas proscritas seguía vivo, aunque cada vez más deformado. *Cosas de moros* eran todas aquellas que ostentaban una antigüedad inaccesible al vulgo.

Sería interesante hacer la historia de esta relación amor/odio del andaluz hacia lo islámico. Renegaba de la media luna sin dejar por eso de experimentar una secreta atracción. Andalucía es la patria de los romances fronterizos, idealización *de* una realidad bastante sórdida. La expulsión de los moriscos hirió la sensibilidad popular, y corrieron relaciones, verdaderas o falsas, acerca de moriscos martirizados por confesar su cristianismo. Con el tiempo, estos rasgos de *maurofilia* se fueron debilitando; en el siglo xviii el moro era solamente el otro, el enemigo. Nunca fue mayor la incomunicación; hasta que a fines del siglo se advierten signos de una nueva actitud, concañitante con los intentos de apertura de Carlos III al Mahgreb y antecesora de la tendencia proislámica de los románticos. Significativo resulta, en este sentido, comparar dos obras semejantes, aparecidas en Granada con un corto intervalo de tiempo: en 1764 los *Paseos por Granada* de Vázquez Echeverría muestran un manifiesto desdén por el pasado islámico de la ciudad. En los *Nuevos Paseos por Granada*, Simón de Argote (1807) le dedica, en cambio, un amplísimo espacio.

## LA DIMENSIÓN AMERICANA

La dimensión americana es también esencial para la comprensión de la personalidad andaluza. Siempre fueron las tierras meri-

dionales de España encrucijadas de caminos, fronteras políticas y culturales, y ello influyó hondamente en su estilo cosmopolita y su vocación universalista. Tras haber sido durante siglos punto de encuentro entre Oriente y Occidente, entre la Cristiandad y el Islam, el fin de la Reconquista y el corte de las comunicaciones con el norte de África parecía bloquear la frontera marítima, cuando la hostilidad portuguesa limitaba la expansión por las costas africanas del Atlántico, la aventura colombina, abrió nuevos e ilimitados horizontes a los andaluces, los colocó en el centro de las grandes decisiones mundiales. Este acontecimiento distorsionó todo el mapa económico de España; mercaderes burgaleses y toledanos se desplazaron hacia el Bajo Guadalquivir, y lo mismo hicieron los *marranos* portugueses y buen número de italianos y nórdicos. Una inyección de sangre nueva, de mentalidades opuestas, que, sin embargo, acabaron siendo fagocitadas por el ambiente andaluz. Si ello fue favorable o adverso, no me atrevo a decidirlo; por una parte, agrada ver a vascos, ingleses y flamencos convertidos en andaluces de la más pura cepa. Mas por otra, fue negativo que muchos descendientes de emprendedores hombres de negocios abandonaran la tradición familiar y engrosaran el censo de latifundistas.

Esta evolución ya en pasados tiempos era considerada nefasta, y prueba la potencia que tenían los prejuicios contra el comercio y las *artes mecánicas*, prejuicios no exclusivos de España, pero que, indudablemente, aquí alcanzaron gran fuerza. Intervino también otro factor, aparte del sentido de la honorabilidad social; el comercio, la industria y las finanzas eran actividades arriesgadas, en especial el comercio de Indias, el más característico de Andalucía; se podían ganar cantidades fabulosas, y también perder hasta la piel. Por eso las grandes dinastías de mercaderes eran de corta duración: desaparecían arruinadas o bien se *arraigaban* comprando fincas, inversión prestigiosa y segura. Mientras el sector primario fue predominante, esta evolución, aunque negativa, no preocupaba demasiado. Pero a partir del siglo xix las cosas cambiaron.

El pasado siglo fue, tras la inercia del xvm, decisivo para la imagen y la realidad de Andalucía. Su españolidad alcanzó las cotas más altas; ahí está esa nutridísima nómina de gobernantes de todos los colores: Martínez de la Rosa, Narváez, Mendizábal, Pavía, Castelar, Salmerón, Cánovas del Castillo... todos los cuales, sin dejar de ser andaluces, nunca se dejaron arrastrar por un regionalismo corto de vista y gobernaron ante todo como españoles. Para propios y extraños (en mayor medida, para los extranjeros) la imagen de España se identificó con la de Andalucía. Que en ello hubiera mucho de falso y convencional no destruía la fuerza del mito. Se seguía hablando de la Andalucía feliz, y todavía las estadísticas apoyaban esta idea. Mas los números no captaban otras realidades: la incapacidad de una agricultura rutinaria para alimentar y proporcionar empleo a un volumen creciente de habitantes, y la desesperación de los jornaleros, que los llevaba a movimientos de protesta salpicados de estériles violencias.

En nuestro siglo la máscara, la falsa imagen, no podía sostenerse por más tiempo; la imagen arcádica se cambió por la de una

**EL XIX,  
SIGLO  
DECISIVO**

***UNA REALIDAD  
ENTRAÑABLE***

tierra de pobreza, subdesarrollo y conflictividad social. El síntoma más claro de esta nueva realidad es que, tras haber sido durante siglos receptora de hombres se haya convertido en emisora, en proveedora de mano de obra a países industrializados.

Ayer y hoy, sin embargo, con pobreza o con riqueza, Andalucía sigue siendo una realidad entrañable, sigue teniendo una personalidad acusada, cuyos rasgos, a falta de espacio para desarrollarlos, me contentaré con indicarlos de forma esquemática. Andalucía es, ante todo, tierra de libertad, herencia de su antigua vocación de frontera, de Far West que atraía desarraigados y aventureros, donde nunca hubo servidumbre rural, donde el jornalero, a pesar de su miseria material, no olvidaba su dignidad de hombre libre ni aceptaba su condición sin rebeldía.

Por sus múltiples nexos terrestres y marítimos fue crisol de razas, cultura cosmopolita, hogar abierto a todos, donde nadie se siente extraño, patria de hombres de talante acogedor, que quizás no puedan decir lo mismo de aquellas otras tierras donde, en momentos de adversidad, han tenido que ir a mendigar ocupación.

A pesar de sus seculares deficiencias educativas (Andalucía nunca tuvo una universidad de gran prestigio) es unánimemente reconocida su alta tasa de creatividad artística y literaria, así como la riqueza y originalidad de su cultura popular.

Antiguísima y moderna, aristócrata y popular, una y varía, a través de múltiples avalares siempre ha conservado Andalucía una personalidad muy definida dentro del mosaico español y hay razones para creer que la mantendrá en el futuro.